



## Vivir como soñar

**La derrota, de Pierre Minet (Pepitas) Traducción de Julio Monteverde | por Juan Jiménez García**

Leí *La derrota* hace algunas semanas. Si hubiera escrito sobre él entonces, golpeado hasta lo más profundo, hubiera escrito otra cosa. También en un futuro. Hay que decir que *La derrota* no es el libro de un instante, sino de una vida. También la nuestra. Y que se queda ahí, como el recordatorio de algo que no pudo ser. Que no pudo ser también en nosotros. Tras leerlo, le escribí a Julio Monteverde, autor de la traducción y el prólogo. Tenía algunas preguntas apresuradas. Después viajé, me fui lejos (lejos para mí, que no he estado en ningún sitio), volví, me perdí, volví a encontrarme y a perderme. Y siempre *La derrota* estaba ahí. Escuchaba, mientras tanto, un programa de la radio francesa sobre Minet. Ya prácticamente lo he memorizado, aunque no podría contar nada de él. Y pienso ¿por qué estoy hablando de mí? Y tal vez la respuesta es que este es un libro sobre nosotros. No sobre todos nosotros, si no sobre unos pocos de nosotros. Y es que podemos pensar que es un libro sobre la libertad. La libertad absoluta. Eso a lo que aspiramos. Pero tal vez sea un libro sobre la traición, que fue aquello que conseguimos.

Quién sabe por qué, la traición es una palabra en la que no pensé en un primer momento. Pensaba en *Los cuatrocientos golpes*, de François Truffaut (esas extrañas relaciones), y en esa escena final. En vez de Jean-Pierre Léaud corriendo por la playa hacia un futuro incierto, pero libre, corría Pierre Minet hacia Antonin Artaud, libre de su propia libertad. No corría hacia el futuro, porque escribía desde ahí. *La derrota* es la vida de un joven libre de diecisiete años escrita por otro hombre que se llama igual que él y que es él, quince años después. No es un ajuste de cuentas (qué expresión tan horrible, tan llena de balas y sangre... y venganza), sino una especie de... no sé. Escribir en un papel algo muy íntimo que ya no nos pertenece, que ya ni tan siquiera queremos, entre las grietas de una pared cualquiera, en la esperanza que eso pueda hacer que lo olvidemos todo. Pierre Minet nace en una familia acomodada. No lleva una vida difícil y, como suele ocurrir, solo le piden que sea un hombre de provecho. No podemos decir ni tan siquiera que lo intente.

Tiene dieciséis, diecisiete años, y todo trabajo,

todo esfuerzo por ser alguien, cualquiera, es refractario a él. Nos encontramos en Reims, que no es París, y allí las cosas suceden a otro ritmo (un ritmo que no le interesa demasiado). Entre tanto, entra en Acción francesa, un grupo que entonces era de derechas y hoy sería de ultraderecha, si es que caben esas sutiles distinciones. No, nuestro hombre no pensaba en la revolución, precisamente. De hecho, es en una manifestación el 1º de mayo, repartiendo periódicos del grupo, cuando conoce a dos personas que le cambiarán la vida: René Daumal y Roger Gilbert-Lecomte. Algo mayores que él (pero no mucho) lo ven ahí, un joven-cito provocador en un grupo reaccionario enfrentado a los manifestantes. Ellos, con otros, forman *Le Grand Jéu*, grupo de inclinación surrealista sin saberlo (vía Artaud, tal vez ese poco que les une). Y lanzarán sobre él una losa, una primera cosa que traicionar: para ellos será un nuevo Rimbaud. Un papel que no podrá nunca asumir.

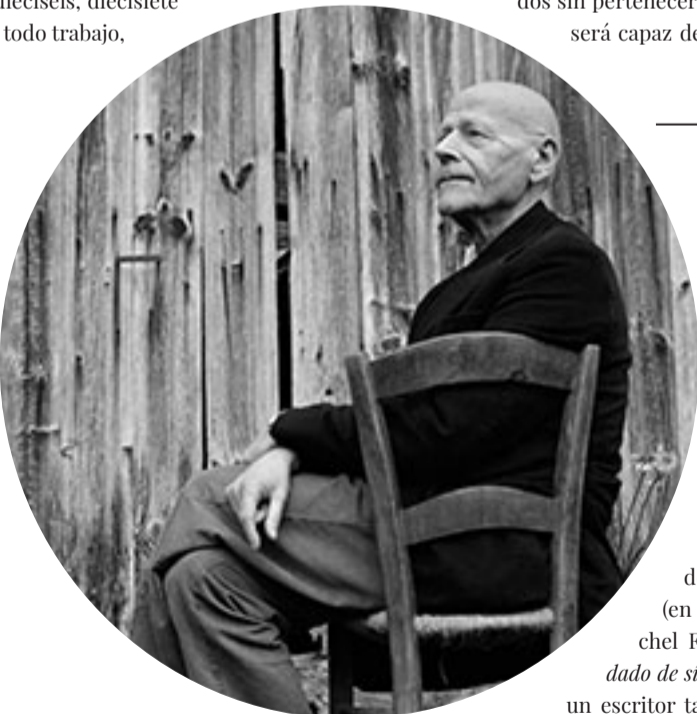
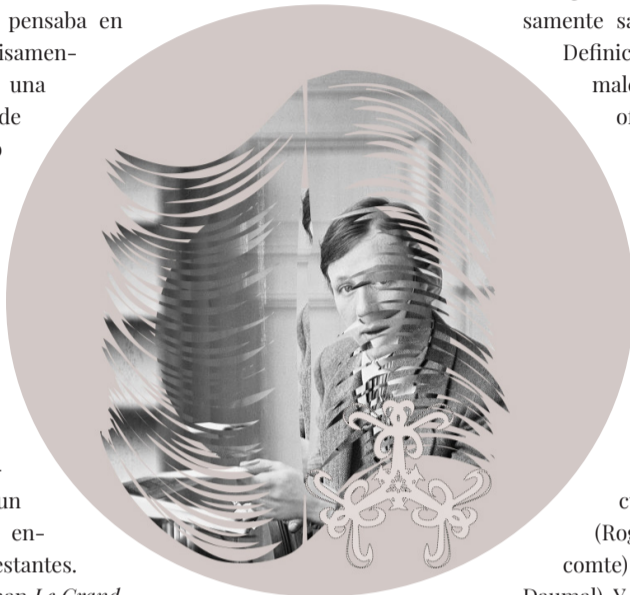
Minet se marcha a París con argumentos parecidos a los de tantos otros. Allí será alguien. Su padre le cree. También sus fugaces camaradas de Acción francesa. A todos, por supuesto, traiciona, porque él, en realidad, no quiere ser nada, no quiere hacer nada. Da igual el trabajo. En una editorial, en cualquier sitio. Prefiere la miseria más absoluta, sacar dinero de aquí y de allá, como un Maurice Sachs cualquiera, y vivir por las calles o donde buenamente pueda. Mientras otros escriben sobre la libertad, él es libre. No, no será nunca Rimbaud sino, tal vez, el sueño de Rimbaud. Conoce a todo el mundo nocturno parisino. Está en todos los lados sin pertenecer realmente a ninguno. No será capaz de escribir mucho, aunque

lo poco aún llame en algo la atención. Su primera obra tiene un título casi premonitorio: *Circuncisión du cœur*. Con todo, allá a lo lejos, sigue su padre. Otra traición más sobre la que se construye su relato. Esa relación que lejos de ser sobre el amor y el odio, es sobre un aprecio incapaz de sobrevivir a esos impulsos salvajes, gloriosamente salvajes, de Pierre.

Definiciones de sí mismo: malcriado, sin ningún oficio, pero con encanto y buena voluntad. En algún momento dice lo que seguramente mejor le define en aquellos años: dejarse ir. De cuando en cuando vuelve a Reims y se encuentra con Gilbert (Roger Gilbert-Lecomte) y Nathaniel (René Daumal). Y con su padre. Pero no. Solo logra entender que le resulta imposible trabajar y que su lugar está en la calle.

*Abandonad, si hace falta, una vida acomodada, aquello que os presentan como una situación con porvenir. Lanzaos a los caminos.* Lo hace. Lo hizo. Las calles de Montparnasse son sus caminos. Allí encuentra todo y no tiene nada. En los cafés encuentra el aire puro que necesita para respirar. Reniega de lo cotidiano para vivir en lo extraordinario. Pierre Minet no quiere escribir sus memorias. Tampoco su diario (llevó un diario). *La derrota* es un libro singular porque lo es todo sin pretender ser nada. Y porque forma parte de un instante decisivo: aquel que enfrenta a uno mismo con el que fue. Pero ¿por qué tantos años después? El libro empieza en ese punto. Gilbert y Nathaniel han muerto (destruidos por sus propias elecciones). Con ello se abre *La derrota*. Deberíamos dedicar un tiempo a mirar las escasas fotografías de Pierre Minet... También las de sus compañeros. Todas las ilusiones y desafíos del

presente y aquello que quedó. Cuando muchos años después de su publicación escribe *Génesis de La défaite* (incluido también esta edición), aún parece más furioso con aquel otro que fue. Intento recordar algo que dijo en algún momento de su vida... algo así como que el acto de escribir no le producía ningún placer. Que su placer venía del hecho del deber cumplido. Y ciertamente, este libro es la máxima representación de esa idea, de ese deber cumplido. Con él, toda una constelación de sentimientos encontrados giran en nuestra cabeza. Si el libro ha sido un fascinante canto a la libertad por encima de la comodidad, la parte final es un torbellino de emociones. Encuentra el amor y, contemporáneamente, la enfermedad. Todo se precipita hacia un final, el momento cero. Ha corrido hasta el último aliento, ha sobrevivido y traicionado todo. Antes que todo, a sí mismo. Desaparece. En sus palabras, quedó atrapado. La muerte de sus amigos le liberó de sus cadenas, pero aquella *Génesis* solo demostrará que no pudo escapar del todo. Debería acabar aquí. Nada reemplazará la lectura de este libro extraordinario sobre un hombre. Podría añadir qué fue de Pierre Minet, si logró librarse de sus fantasmas. En realidad, nunca pensó en todos aquellos cambios como una derrota, sino más bien como una liberación. Hay algo tremendamente confuso en su vida, por lo que la derrota sería una victoria. Y sin embargo... De ese combate consigo mismo quedo este libro extraordinario. Aquellos días, aquel joven, marcaron su vida, *La derrota*, que pretendía ser una manera de olvidar todo a través del recuerdo, no le abandonó ya. Como tampoco nos abandonará a nosotros.



**El origen del mundo, de Pierre Michon (Anagrama). Traducción de María Teresa Gallego Urrutia | por Óscar Brox**

En su prólogo a la doble edición de *Mitologías de invierno* y *El emperador de Occidente*, Ricardo Menéndez Salmón describe a Pierre Michon como una suerte de gestor de la belleza. En esa descripción está presente una idea de tiempo, de paciencia, de cuidado (en el sentido en el que Michel Foucault hablaba del *cuidado de sí*); no en vano, Michon fue un escritor tardío, como Melville, que no publicó sus *vidas minúsculas* hasta pasada la treintena. Y, sin embargo, uno acude a su literatura en busca de un lugar, de un paisaje, casi, de una ligazón. El lugar puede ser una región del macizo central francés o de la Dordoña; la ligazón, ese momento en el que se vislumbra el final del viejo mundo. Cuando los dioses, o los mitos, les entregan la tierra, la carne, las pasiones a los hombres.

Michon se caracteriza por su escritura breve, por la exigencia para con un lector al que no quiere soltar hasta que no alcance la última página de su obra. De una obra que bebe de la liturgia, de lo divino o lo mitológico, pero que su autor no duda en desdramatizar: más que de trascendencia, la suya es una cuestión de magnitud. De esa grandiosidad

con la que la literatura se acerca a conceptos más bien filosóficos. En este sentido, El origen del mundo nos acerca hasta Castelnau, en la Dordoña, entre los afluentes fluviales y la corriente del Beune como imagen que afecta a las vidas de los protagonistas. Que protege, que prácticamente blindada, al pueblo, frente a la mirada primeriza del narrador recién llegado al lugar.

De nuevo acude el encantamiento, la fascinación por un entorno rural que Michon describe desde sus contornos *fantásticos*. Como una ensoñación, dominado por esa naturaleza que corre salvaje a su alrededor. Frente a la precisión de geógrafo de un Julien Gracq, Michon se acerca a los ritos, a los ritmos, que marcan la convivencia en el pueblo. Habla de las profesiones, de las genealogías, de los espacios, como la posada de Hélène, y de esos rostros embrujados por unas mitologías afines al lugar. Al sexo. A la condición humana. A esos hombres que encarnan la depredación y la sangre y a esas mujeres que recogen la maternidad y la belleza del mundo. Y que Michon descompone en Hélène e Yvonne. En esa mujer cuyo lugar es la posada, la casa familiar, el recogimiento maternal, frente a esa otra cuyo deseo ardiente, cuya belleza, es un lugar en sí mismo. Allí donde el narrador quiere ir a parar.

Michon aúna lo culto con lo terrenal, lo sublime con lo grotesco. Y como en *El rey del bosque*, se sitúa en la linde de esas emociones para explicárnoslas al oído, para cartarnos lo que ve, lo que le fascina, lo que permanece imborrable en su memoria, lo que

se impone al ruido del agua corriendo por el cauce del Beune. De ahí esa sensación de revelación continua, de un mundo que se despliega frente a nuestros ojos mientras, al mismo tiempo, el viejo mundo que ha cobijado durante tanto tiempo, agoniza. Es la belleza original, el deseo original, la pasión original, lo que Michon captura a cada instante, a medida que su protagonista se ve envuelto en los ritmos de la vida en Castelnau. Es la maravilla, la misma que habita en las cuevas de Lascaux, la que trata de imprimir a cada pasaje, a cada paisaje, a la intensidad con la que las vivencias se abren paso en la narración.

*El origen del mundo* es, como tantos otros relatos, un acercamiento elíptico a la Historia. Michon es el artista de las vidas minúsculas, de los personajes insignificantes que, sin embargo, aprovechan el privilegio de la invisibilidad en favor de su virtud como narradores. Como ultimísimos testigos de esa porción de Historia, de mitología, de experiencia emocional, que vive sus últimos parpadeos antes de colapsar. Como herederos de ese otro mundo, el nuevo, que crece bajo las cenizas del viejo. Como depositarios de una belleza que las palabras de Michon no solo preservan, sino que también dotan de volumen. De magnitud. De poder. Como un hechizo o un encantamiento. Y que, en definitiva, nos someten a la fuerza de ese paisaje, olvidado y minúsculo, en el que la vida se abre camino.

### DÉTOUR, NÚMERO NUEVE

PIERRE MINET. PRESENTE CONTINUO  
UNA CONVERSACIÓN CON JULIO MONTEVERDE

DETOURLS

## En la corriente

### La vida y la literatura

detour.es | diarios.detour.es  
correo@detour.es  
facebook/revistadetour  
twitter/tdetour

## Una infancia iluminada

**Velas encendidas, de Bella Chagall (Mishkin)**  
Traducción por Rhoda Henelde y Jacob Abecasis | por Francisca Pageo

Bella Chagall también tenía su historia y eso lo sabemos porque Bella dejó un legado que estamos empezando a conocer y que hace de su figura un ser excepcional y bello, como su nombre. Recién publicadas, Mishkin Ediciones nos trae sus memorias de infancia, por primera vez traducidas al español por Rhoda Henelde y Jacob Abecasis. Su idioma original sería el yiddish, ese lenguaje proveniente del hebreo y usado por los judíos en la Europa central y del Este,

*Velas encendidas* son unas memorias iluminadas por la luz; la de las velas hebreas y también la luz de la propia Bella y la de la cultura judía. En este libro Bella abarca todos los rituales sagrados y cotidianos que acontecieron durante su infancia. Todos ellos creados por un padre joyero y una madre que daría todo por su familia. Que cuidaría su casa y también cuidaría a sus hijos.

En esa cultura, Bella logró encontrar cierta parte de su mundo, aunque no su mundo —de él venía pero ella también tenía una misión extrafonteriza a ello: surcaría las culturas hasta encontrara a Marc, que se enamoraría de ella hasta sus últimas consecuencias.

Hallamos un documento íntimo y primordial para conocer de primera mano la cultura judía y los más íntimos pensamientos de una niña. Una niña que no cesaba de preguntarse por todo lo que la rodeaba, que descubría la poesía de las velas blancas iluminadas.

## El rayo que no cesa

**Selva negra, de Valérie Mréjen (Periférica)**  
Traducción de Sonia Hernández Ortega | por Óscar Brox

Me cuesta creer que en la escritura de Valérie Mréjen tenga sentido el concepto de capítulo, de episodio, de pausa larga entre pasaje y pasaje. A ratos, me gustaría cambiar la frase anterior y colocar *novela* ahí donde escribo *capítulo*. Porque uno piensa en libros como *Selva negra* convertidos, casi, en artefactos que explotan sobre un escenario teatral; en colecciones de escenas, imágenes fotográficas o vídeos caseros que la voz de su autora contrapuntea sin descanso; o en esa clase de narración que podrías escuchar al otro lado de la almohada, en mitad de una charla entre familiares o en lo más crudo de una tarde de agosto. Y, sin embargo, correría el peligro de obviar esa precisión con la que Mréjen se apodera de lo familiar, penetrando en un territorio íntimo y dejando que sus voces desmenucen en cada página todo aquello que fue y no volverá a ser. Esa elección radical cuando nos arrebatamos la vida o ese instante fatal que, como aquel libro de Jacques Derrida nos sitúa cada vez única, en el fin del mundo.

En *Selva negra* hay muertes anónimas y muertes conocidas, muertes que abarcan unas hojas y otras que apenas sobrepasan el mensaje telegráfico. Mréjen camina por todas ellas como si profundizase en el bosque de los suicidas de Akigahara, prestando sus palabras a aquellos que ya no tienen voz. A veces, para describir esos últimos momentos; a menudo, para fantasear con el mundo que se han perdido. Siempre, para ratificar la idea de que el día más bonito de sus vidas ha pasado y no volverá. Y de fondo, siempre presente, una consideración sobre esa facultad tan humana con la que reaccionamos al dolor de los demás, así como al nuestro. Habla de la muerte materna, prácticamente el *leitmotif* del libro, bajo el impacto de ese rayo que nos parte en dos. Bajo su escritura tenaz, en apariencia liviana, casi superficial, Mréjen no duda en descomponer ese rayo. En hablar del llanto, la rabia, el silencio y el lento proceso por el que acabamos olvidando. También fabula con todos esos cambios sociales que han sacudido de abajo arriba la imagen del pasado.

## Personaje en busca de autor

**Tres circunvoluciones alrededor de un sol cada vez más negro, de Grégoire Bouillier (Hurtado y Ortega)**  
Traducción de Albert Fuentes Sánchez y Ona Rius Piqué | por Óscar Brox

Es posible que la primera vez que escuchamos el nombre de Grégoire Bouillier no fuese en calidad de escritor sino de objeto artístico. En la exposición con la que la artista Sophie Calle, a la sazón su expareja, convirtió el correo electrónico que aquel le envió para zanjar su relación en otro hito más de su vida creativa. Y, sin embargo, es curioso cómo la

lectura de *Tres circunvoluciones alrededor de un sol cada vez más negro*, suerte de ciclo literario que comprende tres obras publicadas entre 2002 y 2008, no termina de aclarar ese límite borroso que separa al escritor del objeto artístico. En el viaje de esa sonda en dirección al Sol, cada vez más alejada de una tierra que ya no le resulta tan familiar.

En la pelea con unas palabras, con unos recuerdos, que moldearán el estilo y la evolución literaria de Bouillier. Eso que el mismo autor revela en un momento de lectura: *lo que las historias pueden contar de mí*.

Probablemente la de Bouillier sea una autoficción eclipsada por los éxitos de otros colegas de generación. De ahí ese riesgo, incluso vértigo, que se aprecia en las palabras de Bouillier. Dejemos hablar a las historias. Bajo el signo de un autor empeñado en escarbar en lo profundo de su memoria para desmontar y exponer sobre la página en blanco aquello en lo que consiste su identidad. Esa odisea que, como la sonda Ulysses, se mueve en dirección a un sol cada vez más negro.

## Noches sin días

**Dos noches, de Ennio Flaiano (Errata Naturae)**  
Traducción de Miguel Ros González | por Juan Jiménez García

*Dos noches* viene a hacer justicia a un escritor sistemáticamente olvidado en nuestro país. Situado en un momento muy especial, es decir, poco antes de empezar con el guión de *La dolce vita* (Flaiano era fue guionista esencial del primer Fellini), reúne dos largos relatos. El primero, *La mujer de Fiumicino*, cuenta la historia de Graziano, al que su padre coloca en un periódico y al que le pierde su tendencia a hacer literatura de todo. En el rotativo solo piensan en tirarlo y él en las mujeres. Un acontecimiento extraordinario cruzará esas dos voluntades. El segundo relato, *Adriano*, suerte de reunión de textos alrededor de un mismo personaje (el propio Flaiano, esta vez en su lado más oscuro), que nos cuenta una historia de hastío y huida (una huida que el escritor italiano practicó más de una vez, siendo frecuentes sus "desapariciones").

Adriano es un escritor al que seguimos vagabundando por la noche romana, luego visitando un rodaje (Fellini y *Las noches de Cabiria*), más tarde instalado junto al mar con su mujer, en una casa que poseen, y contemplando la vida, ahora de los domingueros, ahora de los míseros pescadores, únicos habitantes del lugar en el otoño (un otoño y un invierno en el que se obstina en permanecer allí). Además de contener momentos que más tarde se retomarán en *La dolce vita* (como la aparición de un delfín, quizás una sirena, en la playa), su afinidad va más allá: Adriano no deja de ser Marcello (y también, de algún modo, el Giovanni de *La notte*, ya desprovisto de la tendencia al espectáculo y lo espectacular). La misma melancolía, el mismo cansancio de vivir, la misma imposibilidad de abandonar todo, las mismas derivas nocturnas. Los dos comparten, más allá de una historia, un mismo



## Vida rara

**Diario de un canalla. Burdeos, 1972, de Mario Levretero (Random House)** | por Juan Jiménez García

*Diario de un canalla* es un relato conmovedor, un pequeño libro, un libro grande. Es el diario de una derrota disfrazada de victoria mínima. Es la visión irónica de una vida pequeña, como Pajarito (gorrión perdido), pero llena de ganas de vivir, como la del escritor. La búsqueda de una salida para escapar de ese reducido espacio de terraza para alcanzar un mundo acorde con la voluntad propia. La lucha por entender y por sobrevivir, contada con un humor y una inteligencia de largo aliento. Una obra ligera que esconde en su interior el peso del mundo. Una obra frágil sobre la resistencia.

*Burdeos, 1972* son otras páginas arrancadas a un diario. Un diario escrito desde la distancia que dan los años, reajustando recuerdos. Las fechas son tres décadas después y los hechos tres décadas antes. Y en ese desajuste queda fijada una historia utópica, un relato de juventud, ese momento en el que uno piensa que puede escapar de la mano de una mujer, largarse al otro lado del mundo, vivir en lo desconocido. París no era ningún paraíso perdido y alcanzado, sino un lugar extraño lleno de gestos raros y personas raras que hacían esos gestos extraños. El dinero se va acabando. La paciencia se acaba con el dinero. Sí, ella le quiere, incluso pretende mantenerle, en lo que incluso debemos tomar por un acto de amor y no de compasión (¿o de compasión para consigo misma?). Pero el escritor no está para esas cosas. Desplazado, con una hija adquirida, sin futuro, viviendo un presente anodino en el que ningún intento llegará a ningún lado.

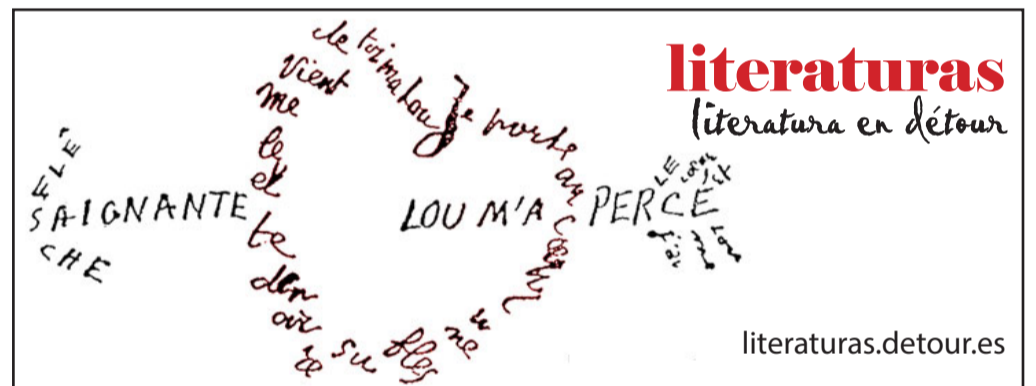
*Sos raro como gente*, le dijo un día Pascale, esa hija sobrevenida. Con ella termina *Burdeos, 1972*, y con ella tal vez podría resumirse la vida de Mario Levretero. Raro como gente, raro como escritor. Único en todo caso, imprescindible también.

## Una luz en los caminos

**Señor de las periferias, de Jesús Montiel (Pre-Textos)** | por Francisca Pageo

Jesús Montiel nos adentra en Robert Walser, quien no fue un hombre cualquiera. Él era importante, como la naturaleza, sin pretender que su vida lo fuera. Él venía de la nieve y terminó muriendo en ella. Walser era como una gota de agua llena de ternura que se iba derramando (y no sólo metafóricamente) allá donde fuera. «Sin el amor, ninguna vida tendría explicación», dice Montiel. Y qué razón. Walser fue un incomprendido en su época y aún lo sigue siendo en la nuestra, más cerca de la contemplación que de la actividad que un artista creemos (o se cree o se debe) ha de tomar, él vivió por y para su mundo interior. Estudiaba, observaba los pájaros, miraba las paredes. Pareciera que todo lo de ahí fuera no importase, que sólo importase el silencio, que como dice Montiel en el libro, es su respuesta más elocuente. Walser fue un niño-adulto durante toda su vida. Con sus ojos de pájaro perdido. Con su tremenda solemnidad y quietud. Con su pasión por andar y andar, lejos del hogar, lejos de todo. Leer este libro nos duele, pero también nos eleva. ¿Cómo ha podido Jesús Montiel sacar del dolor y lo profundo con la luz y bondad de su poesía lo más traumático de Robert Walser? No lo sabemos. Montiel hace de la prosa poética y de la vida de Walser una razón por la que vivir, por la que leer, por la que alimentarse. Este libro es, asimismo, un poemario biográfico que nos alimenta y nos llena de luz; luz como lo fue Robert Walser caminando, sobre la blancura del paisaje nevado y sobre sí mismo.

Los textos íntegros los podéis leer en:  
[club.detour.es](http://club.detour.es)



estado de ánimo. Flaiano tenía un sentido chejoviano de la escritura: sus personajes se construyen a través de sus actos, y son ellos los que componen el retrato de una sociedad, la italiana, que le agota y provoca ese necesidad de huida durante unos meses, unos meses en los que el tiempo empeora y el viento lo barre todo (todo excepto la pobreza). Ambos acabarán igual, frente a esa aparición marina, frente a una muchacha a la que no logran entender.

*Adriano* (y *Dos noches* por extensión) es una obra mayor de la literatura italiana de su tiempo. En ella cristaliza toda la narrativa de Flaiano (como escritor y como guionista), tantos sus irónicos apuntes como la amargura de su primera novela, para convertirse en la crónica de unos últimos días, no de la humanidad, sino de las personas, en un mundo del que ya no apreciaba los placeres, ni compartía los dolores.

**DÉTOUR, NÚMERO DIEZ**  
**2019-2020**

**DIEGO LUIS SANROMÁN**  
**BISON RAVI Y EL MAGO**  
**DE SIAM, O...**

[DETOUR.ES](http://DETOUR.ES)

## Próximo club

### La alegría de escribir



Sábado, 11 de enero, 17:30

Llibreria Ramon Lull  
Corona, 5, Valencia